

LA ENCÍCLICA “UT UNUM SINT”

Una visión ecuménica prometedora

En apariencia, el ecumenismo no goza de buena salud. Al menos en comentarios corrientes, a nivel hablado o escrito, se dice que la Iglesia Católica y el mismo Juan Pablo II han relegado la búsqueda de la unidad de los cristianos a un mero apéndice ornamental, sin mayores compromisos. Sin embargo, hay signos institucionales muy positivos. Por poco que se sigan los viajes del Papa, se constata que nunca se olvida de celebrar algún acto ecuménico de relieve. También durante su pontificado se ha publicado el nuevo Directorio Ecu­mé­ni­co. En la Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente* (1994), en el momento de enumerar las tareas de todos los católicos en el caminar hacia el año 2.000, Juan Pablo II dice que «la proximidad del final del segundo milenio demanda a todos un examen de conciencia y unas oportunas iniciativas ecuménicas, de manera que podamos presentarnos al gran jubileo, si no totalmente unidos, al menos mucho más próximos para superar las divisiones del segundo milenio. Sobre esto es necesario, evidentemente, un gran esfuerzo» (n. 341).

La Carta Encíclica *Ut Unum Sint*, del 25 de mayo de 1995, es la personal contribución del Papa a este examen de conciencia. La lectura de esta su duodécima Encíclica sorprende agradablemente por la fuerza, el frescor, el impulso, las ganas de trabajar y de hacer camino hacia la unidad de los cristianos. Su estilo me recuerda mucho al libro autobiográfico *Cruzando el umbral de la esperanza* (1994).

El propósito de este breve artículo es glosar seis aspectos de esta Encíclica que, a mi juicio, son ecuménicamente relevantes. Se trata, por tanto, de un trabajo selectivo.

1. COMPROMISO ECUMÉNICO IRREVERSIBLE

En la primera parte de la Encíclica, dedicada a hacer una relectura personal de los documentos del Vaticano II sobre el Ecumenismo, el Papa insiste claramente en un punto: el compromiso de la Iglesia Católica hizo entonces en favor del ecumenismo no ha variado. En contra de algunos que le acusan de frenar o desconfiar del impulso ecuménico afirma: «Con el concilio Vaticano II la Iglesia Católica se ha comprometido de modo irreversible a recorrer el camino de la acción ecuménica, poniéndose a la escucha del Espíritu del Señor, que enseña a leer atentamente los «signos de los tiempos» (n. 3).

Predicando con el ejemplo, asume un compromiso personal y en nombre de la Iglesia católica: «Yo mismo quiero promover *cualquier paso útil* para que el testimonio de toda la Comunidad católica pueda ser comprendido en su total pureza y coherencia, sobre todo ante la cita que la Iglesia tiene a las puertas del nuevo milenio, momento excepcional para el cual pide al Señor que la unidad de todos los cristianos crezca hasta alcanzar la plena comunión» (n. 3).

2. EL ECUMENISMO ES ESENCIAL AL CRISTIANISMO

La razón por la que el compromiso ecuménico es irreversible es que forma parte del ser cristiano, por lo cual no puede estar ausente de la vida de todo cristiano católico: «El ecumenismo, el movimiento a favor de la unidad de los cristianos, no es un mero «apéndice», que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia. Al contrario, pertenece orgánicamente a su vida y a su acción y debe, en consecuencia, inspirarlas y ser como el fruto de un árbol que, sano y lozano, crece hasta alcanzar su pleno desarrollo» (n. 20). En otro lugar dice que «la acción ecuménica (es) un imperativo de la conciencia cristiana iluminada por la fe y guiada por la caridad» (n. 8).

Más importante incluso que la misma afirmación anterior es la razón y el fundamento teológico que ata indisolublemente cristianismo y ecumenismo. El Papa, en un texto de gran profundidad y belleza dice: «Creer en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad. Este es el significado de la oración de Cristo: *Ut unum sint*» (n. 9).

3. APRECIAR LOS BIENES PRESENTES EN LOS OTROS CRISTIANOS

El segundo capítulo desarrolla los cuatro grandes frutos del diálogo ecuménico. Me parece especialmente importante y esperanzador el cuarto, que la misma Encíclica denomina «Apreciar los bienes presentes en los otros cristianos» (nn. 47-49). El contacto directo entre las diversas comunidades cristianas, entre sus respectivos pastores y entre los fieles nos ha hecho tomar conciencia de «lo que Dios realiza en quienes pertenecen a las otras Iglesias y Comunidades eclesiales» (n. 48). Ya no se trata de una afirmación genérica y estática de los elementos salvíficos, eclesiales, existentes en las otras comunidades; sino de la constatación práctica, experiencial y dinámica de todo lo que Dios hace en ellas. Esta constatación será, sin duda, de una enorme importancia también para el futuro. Cuando se nota palpablemente que los otros cristianos viven de forma admirable aspectos de la fe cristiana, estamos en el buen camino para lograr la comunión plena. La teoría se hace vivencia, y la vivencia teoría.

4. EL SACRAMENTO COMÚN DEL BAUTISMO

Al hablar del diálogo con las otras Iglesias y Comunidades eclesiales en Occidente, la Encíclica reconoce que existe una menor comunión que con las Iglesias de Oriente. Las discrepancias, afirma, todavía son grandes. Existen, sin embargo, elementos de cercanía y de comunión, entre los que el Papa insiste en el bautismo. El texto dice así: «El sacramento del bautismo, que tenemos en común, representa un vínculo sacramental de unidad, vigente entre los que han sido regenerados por él. Las implicaciones teológi-

cas, pastorales y ecuménicas del común bautismo son muchas e importantes. Si bien por sí mismo constituye sólo un principio y un comienzo, este sacramento se ordena a la profesión íntegra de la fe, a la incorporación plena en la economía de la salvación, como el mismo Cristo quiso, y finalmente a la incorporación íntegra en la comunión eucarística» (n. 66). Los teólogos deberían profundizar más en esas «implicaciones» en la comunión ya existente basada en el bautismo, y no sólo como exigencia de plena comunión futura.

5. LA RECEPCIÓN Y LAS CONSECUENCIAS DE LOS ACUERDOS ECUMÉNICOS

El objetivo del ecumenismo en lograr «la plena unidad visible de todos los cristianos» (n. 77). En este sentido las Comisiones mixtas internacionales han hecho un gran servicio porque han logrado «una cierta unidad fundamental de doctrina... sobre temas como el bautismo, la Eucaristía, el ministerio y la autoridad (de la Iglesia)». Hasta aquí una cuestión de hecho.

A continuación el Papa pasa a considerar el futuro y las consecuencias que se deben sacar. «De esta unidad fundamental, aunque parcial, se debe pasar ahora a la necesaria y suficiente unidad visible, que se exprese en la realidad concreta, de modo que las Iglesias realicen verdaderamente el signo de aquella comunión plena en la Iglesia una, santa, católica y apostólica que se realizará en la concelebración eucarística» (n. 78). ¿De qué manera los acuerdos ecuménicos pueden ayudar a la unidad visible? Mediante un proceso de recepción, de acogida de sus resultados, a fin de que «lleguen a ser patrimonio común (...). Es necesario un amplio y cuidadoso proceso crítico que los analice y verifique con rigor su coherencia con la tradición de fe recibida de los Apóstoles y vivida en la comunidad de los creyentes reunida en torno al obispo, su legítimo pastor» (n. 80). Luego convendrá que los resultados sean divulgados a fin de que se conviertan en patrimonio común de todos los cristianos.

Sobre este importante aspecto del camino ecuménico, subrayado con toda razón por la Encíclica, convendría hacernos la pregunta de si hemos sacado todas las consecuencias de una mayor unidad actual en base a las convergencias reales.

6. EL MINISTERIO DE UNIDAD DEL OBISPO DE ROMA

Juan Pablo II trata extensamente y de manera muy interesante el ministerio papal, uno de los principales obstáculos para la unidad (nn. 88-97). Se alegra, en primer lugar, de «que la cuestión del primado del obispo de Roma haya llegado a ser actualmente objeto de estudio» en toda clase de diálogos. (n. 89). Después de exponer los fundamentos bíblicos del primado, el Papa resume su ministerio en base a los conceptos de misericordia y comunión: «Refiriéndose a la triple profesión de amor de Pedro, que corresponde a la triple traición, su sucesor sabe que debe ser signo de misericordia. El suyo es un ministerio de misericordia nacido de un acto de misericordia de Cristo. Toda esta lección del Evangelio ha de ser releída continuamente, para que el ejercicio del ministerio petrino no pierda su autenticidad y transparencia», a fin de que por la misericordia se llegue a la comunión (n. 93).

Más adelante el Papa afronta directamente el problema que su ministerio plantea y hace una serie de consideraciones que por su importancia y por las perspectivas que abre reproducimos íntegramente: «Estoy convencido de tener al respecto una responsabilidad particular, sobre todo al constatar la aspiración ecuménica de la mayor parte de las Comunidades cristianas y al escuchar la petición que se me dirige de encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva. Durante un milenio los cristianos estuvieron unidos por la comunión fraterna de fe y vida sacramental, siendo la sede romana, con el consentimiento común, la que moderaba cuando surgían disensiones entre ellas en materia de fe o de disciplina. De este modo el primado ejercía su función de unidad. Dirigiéndome al Patriarca ecuménico, Su Santidad Dimitrios I, he afirmado ser consciente de que 'por razones muy diversas, y contra la voluntad de unos y otros, lo que debía ser un servicio pudo manifestarse bajo una luz bastante distinta. Pero..., por el deseo de obedecer verdaderamente a la voluntad de Cristo, me considero llamado, como obispo de Roma, a ejercer este ministerio... Que el Espíritu Santo nos dé su luz e ilumine a todos los pastores y teólogos de nuestras Iglesias para que busquemos, por supuesto juntos, las formas con las que este ministerio pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocido por

unos y otros'» (n. 95). Juan Pablo II, por tanto, distingue claramente entre la noción de primado y la manera de ejercerlo, que ha sido variado en tiempos anteriores y puede variar en el futuro.

A fin de encontrar fórmulas de ejercerlo de manera más aceptable para todos los cristianos, el Papa hace una importante llamada a fin de que se le ayude con seriedad e imaginación: «(Es una) tarea ingente que no podemos rechazar y que no puedo llevar a término solo. La comunión real, aunque imperfecta, que existe entre todos nosotros, ¿no podría llevar a los responsables eclesiales y a sus teólogos a establecer conmigo y sobre esta cuestión un diálogo fraterno, paciente, en el que podríamos escucharnos más allá de estériles polémicas, teniendo presente sólo la voluntad de Cristo para su Iglesia, dejándonos impactar por su grito 'que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado' (Jn 17, 21)» (n. 96). Pienso que esta importante tarea, que de forma directa pide a los miembros de otras confesiones, no tiene porqué estar excluida a los mismos católicos, mientras cumplan también los requisitos de huir de la polémica y buscar la voluntad de Cristo. Puede ser una importante perspectiva que se abre para el futuro.

El Papa completa su visión de este tema con la afirmación de que, basados en los Hechos de los Apóstoles, la comunión de todas las Iglesias particulares con la Iglesia de Roma es una condición necesaria para la unidad visible; es decir, es un servicio a la comunión: «¿No es acaso de un ministerio así del que muchos de los que están comprometidos en el ecumenismo sienten hoy necesidad? Presidir en la verdad y en el amor para que la barca —hermoso símbolo que el Consejo Ecuménico de las Iglesias eligió como emblema— no sea sacudida por las tempestades y pueda llegar un día a puerto» (n. 97).

Estos son seis elementos ecuménicos que a mi modo de ver son muy relevantes en la Encíclica y que abren caminos de futuro y con futuro hacia la unidad de los cristianos.

ANTONI MATABOSCH
Facultat de Teologia de Catalunya
Barcelona

SUMMARY

The author gives a global judgment on the ecyclical *Ut Unum Sint* as a contribution to the examination of conscience of the state of ecumenism. The commitment of Vatican II to Church unity still holds good. Ecumenism is an essential dimension of christian existence. It is necessary to appreciate the «good things» possessed by others, who share in the baptism common to all christians. It is the hour of reception of the inter-confessional theological agreements, an achievement of the theological dialogue. Finally, the Pope considers that what is essential to the ministry of the Bishop of Rome cannot be renounced but that it is fitting to consider the historical forms of its exercise.